

Ignacio del Río

Estudios históricos sobre la formación del norte de México

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2009

170 p.

(Serie Historia Novohispana, 82)

Mapas y cuadros

ISBN 978-607-02-0437-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 20 de junio de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/estudios/nortemex.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, Ciudad de México



LA NARRACIÓN COMO RECURSO OBLIGADO DEL HISTORIADOR

(ENTREVISTA)

En un reportaje incluido en el número 432 de la revista Proceso (11 de febrero de 1985), el escritor Federico Campbell recogió las opiniones expresadas por tres historiadores (Luis González y González, Guillermo Tovar e Ignacio del Río) y tres novelistas (Fernando del Paso, Jesús Gardea y Jorge Aguilar Mora) a propósito de las posibles relaciones entre el relato histórico y la novela. El texto completo de la entrevista que, con motivo de dicho reportaje, Federico Campbell le hizo a Ignacio del Río fue publicado en el periódico cultural Rodaballo, de la ciudad de La Paz, Baja California Sur (año 1, núm. 4, enero-febrero 1986, p. 3). De allí tomamos esta versión.

F. C. — *¿El problema de la exposición narrativa del historiador cómo se presenta?*

I. d. R. — *Empiezo por decir que se trata de un problema fundamental en el trabajo de todo historiador, puesto que todos los que practicamos este antiguo oficio somos irremediablemente narradores. De hecho, la historia escrita nace como arte narrativa y aún hoy, a más de dos milenios de los tiempos de Herodoto y Tucídides, la narración sigue siendo un recurso formal del que ningún historiador puede prescindir totalmente. Yo no concibo una obra en la que nada se narre y que, sin embargo, pueda ser definida como historiográfica.*

Al formular su exposición narrativa, el historiador enfrenta problemas de muy diversa índole. Supongo que algunos, sobre todo los de carácter técnico, son comunes a todos los narradores. Pero hay dificultades que tal vez sean específicas, propias de la narración histórica. No voy a referirme al problema de los ingredientes, de los datos a partir de los cuales se construye una narración de este tipo, sino a una preocupación que surge cuando se procede a diseñar y elaborar un relato histórico: el historiador narra para explicar —o sea, para dar razón de la necesidad

histórica de un proceso humano dado— y este cometido compromete su escrito con una finalidad, que puede o no alcanzarse, pero que está allí presente como propósito. Si hay congruencia con el objetivo, ni los elementos componentes ni el orden de una narración histórica serán gratuitos. Las formas expositivas, la estructura de la narración en su conjunto, así como la de cada una de sus partes, deben ser idóneas no sólo para transmitir información sobre el proceso fáctico estudiado sino también —y esto es lo que hace que el problema de la exposición narrativa sea fundamental en los trabajos de investigación histórica— para poner en evidencia el método. Puede decirse que allí, en la narración, en sus elementos constitutivos, en su estructura, en su integración lógica, en la forma en que dicha narración queda finalmente construida, es donde el método se muestra y su posible eficacia se demuestra.

Un relato puede construirse de múltiples maneras, así que, al formarlo, todo narrador cumple una continua tarea de elección. El historiador elige también sus recursos escriturales; pero, como cualquier otro narrador, tiene que hacerlo a sabiendas de que toda variación en la forma implica una concomitante variación en el contenido. Frente a una infinidad de opciones, y sin dejar de apoyarse en los datos que extrae de sus múltiples y no siempre unívocas fuentes de información, el historiador decide qué decir, cómo decirlo y cuándo decirlo. Por lo menos en el caso ideal, tales decisiones las toma en función de instancias teóricas y metodológicas a las que las distintas formas escriturales y las distintas ordenaciones posibles responden con mayor, menor o ninguna eficacia. Yo diría, por todo esto, que el de la construcción del relato es un momento crucial dentro del proceso de una investigación histórica.

F. C. —*¿Sabes que hay algunos novelistas que trabajan como historiadores, metiéndose en los archivos, buscando la precisión histórica?*

I. d. R. —No lo sé de cierto, pero lo creo perfectamente factible. Los historiadores no tenemos el monopolio de la consulta en archivos.

F. C. —*¿Qué matices diferenciales encuentras entre las expresiones “novela histórica” e “historia novelada”?*

I. d. R. —Se me ocurre decir, sin pensarlo mucho, que la primera alude a un relato dominado por el elemento ficticio y la segunda a uno que, ante todo, supone el aval del documento. Éstas serían en todo

caso características dominantes, pero no mutuamente excluyentes: ni la “novela histórica” podría, sin que se desvirtuara su calificación, ser el resultado de una invención enteramente caprichosa, ni la “historia novelada” —o cualquier otra historia, novelada o no— puede dejar de ser en buena parte producto de la imaginación. Tu pregunta me lleva a plantearme yo mismo otra: ¿cuál sería la diferencia entre una “historia novelada” y una simple narración histórica o sea una “historia a secas”? Dejando aparte esta cuestión te diré que es de desearse que los libros de historia se puedan leer como si fueran novelas.

F. C. —*¿Historia analítica o historia narrativa?, ¿cuál es su diferencia?*

I. d. R. —Considero que no se justifica la oposición. He de insistir en que la historia es narrativa y en que el historiador explica a través de la narración. Que la explicación propuesta en cada caso sea o no plausible es otro problema. Yo estoy persuadido de que aun la narración más anodina propone alguna suerte de explicación de aquello que refiere.

Por otra parte no me imagino cómo pueda darse una historia que analice y explique, pero que no narre. ¿Qué sería entonces lo que se estaría analizando?, ¿una realidad presupuesta, pero no descrita? Es cierto que hay textos puramente teóricos, que nada tienen de narración fáctica, y que algunos, los buenos, pueden ser de utilidad para la investigación histórica; pero es obvio que la pura lucubración teórica no es en sí desarrollo historiográfico. Hay también textos que pasan por ser explicativos de un proceso histórico aun cuando en ellos no se haga referencia concreta y documentada a dicho proceso o que se haga de un modo deficiente. Esos textos, en realidad, sólo se explican a sí mismos. Hay en el otro extremo ciertas historias que no son más que meras acumulaciones de datos empíricos, voluntaria o involuntariamente ajenas a toda pretensión explicativa. Estas son, creo yo, las que hacían decir a un burlón maestro universitario que había historiadores que se dedicaban a exhumar datos de la tumba de los archivos para enterrarlos luego en la tumba de las bibliotecas.

F. C. —*¿Queda implícito en la “relación de los hechos” el punto de vista del autor?*

I. d. R. —La descripción no es en modo alguno una operación no problemática de la investigación histórica. Es simplista suponer que los hechos históricos están de suyo establecidos por ser hechos con-

sumados y que, siendo así, el historiador no puede sino describirlos con un mayor o menor grado de exactitud. Lo que interesa al historiador es la significación de los hechos y ésta es siempre postulada, no inmanente. Además, los que por costumbre o por simple facilidad llamamos “hechos del pasado” no son, en el discurso del historiador, sino construcciones lógicas, construcciones que se hacen a partir de las evidencias que ha dejado el devenir histórico y que requieren siempre ser interpretadas.

Ahora bien, si de un sucedido se pueden predicar muchas cosas, tal posibilidad se multiplica cuando se habla de conjuntos de sucesidos, de secuencias fácticas. La misma expresión “relación de los hechos” es sugerente: relatar es referir hechos puestos en relación. A un hecho dado se le puede conceder relevancia o ignorarlo, puede relacionárselo de distintos modos con otros hechos o también disociarlo de ellos. Creo que ayuda a entender este problema el pensar que el historiador se aplica al estudio de procesos, no de hechos aislados o aislables. En una narración histórica los hechos hablan por sí mismos sólo en tanto que son aludidos y por supuesto que dirán cosas distintas según se los describa y relacione entre sí.

F. C. —*No hay relato inocente, se dice.*

I. d. R. —No; lo que puede haber más bien son relatores inocentes.